

Las mujeres y el análisis de clases en la Argentina: una aproximación a su abordaje

Gabriela V. Gómez Rojas⁸²

Resumen

El artículo que aquí se presenta pretende rescatar los debates de la sociología europea y norteamericana de las décadas del ochenta y noventa sobre la posición de clase de las mujeres en los estudios de estratificación social. Describe entonces algunas cuestiones acerca de la heterogeneidad de clase de los hogares en áreas urbanas de Argentina, y analiza confrontando con la postura convencional enunciada por Goldthorpe la relación entre las posiciones de clase de las mujeres y la autopercepción de clase de ellas, de manera que se pueda establecer hasta qué punto la identidad de clase depende de su propia posición de clase en contraposición con la de sus maridos.

Palabras claves

Clase – Género – Identidad

Abstract

The article tries to rescue the debates of the European and North American sociology of the decades of eighties and nineties on the class position of women in social stratification studies. Then describes some issues regarding the heterogeneous class of households in urban areas of Argentina, and analyzes, confronted with the conventional approach enunciated by Goldthorpe, the relationship between the class positions of women and class selfperception of them, so as to establish to what extent depends on the class identity of their own class position as opposed to their husbands

Key Words

Class – gender – identity

Recibido: 28.05.2010 Aprobado: 04.09.2010

⁸² Doctora en Ciencias Sociales. UBA. Investigadora del Instituto de Investigaciones Gino Germani. Profesora de la Carrera de Sociología-UBA

1. Introducción

El debate sobre la posición de clase de las mujeres en la estructura de clases, en la sociología europea y norteamericana de las décadas del ochenta y noventa, se ha focalizado en la idea de Goldthorpe denominada perspectiva convencional sobre los análisis de clase que determina la posición de clase del hogar independientemente de la posición en el trabajo de las mujeres. Puesto que el referido autor sostiene que la ubicación de clase de las mujeres es equivalente a la de sus maridos, considerando que la mejor manera de establecer la posición de clase de un hogar es a través del jefe de familia varón, en la medida que la participación de las mujeres en el mercado de trabajo se ve limitada por sus responsabilidades domésticas.

Ese punto de partida dio lugar a una gran variedad de investigaciones sobre el género y los estudios de las clases sociales.

En este sentido, Sorensen (1994) —en su detallado racconto de los distintos enfoques sobre los estudios de estratificación— señala que la concepción compartida por estos estudios es considerar al hogar como unidad de estratificación. Esto implica asumir que los miembros de un mismo hogar (varones, mujeres e hijos) son iguales, poseen intereses similares, el mismo estándar de vida e idénticas chances de vida. Esta concepción asume, entonces, que la posición en una clase social no está afectada por la naturaleza de los roles económicos de las mujeres y de los varones. Más aún, la posición en una clase de las mujeres es independiente de su propio estatus en el empleo, y la posición del hogar no está influida por las características laborales de las mismas. Así, la posición de dicho hogar resulta la misma en el caso de que la cónyuge o pareja sea ama de casa, secretaria, profesional o trabajadora sin calificación. Asimismo, se supone que las mujeres para quienes sus carreras profesionales son importantes poseen los mismos intereses

que sus parejas, considerándose poco afectada la situación de sus hijos por su situación laboral o por su nivel de educación. De este modo, las mujeres resultan *invisibles* en los estudios referidos a la estratificación social. Ahora bien, diversos autores sostienen que, en realidad, la elección de las unidades de análisis en las investigaciones sobre estratificación social dependerá de los objetivos que se propongan dichas investigaciones. Así, Sorensen (1994) señala que, cuando el propósito de las investigaciones se centra en ofrecer un mapa de la estructura de clases —entendidas como posiciones dentro de un sistema de producción— (Wright, 1985) o en establecer la desigualdad según el género en el mercado de trabajo (Roos, 1985; Rosenfeld, 1980; Wolf y Fligstein, 1979), la unidad de análisis apropiada es el individuo. Mientras que las investigaciones que se proponen el estudio de la estratificación social vinculada a la distribución de los recursos compartidos y a las condiciones de vida comunes deben considerar la interdependencia entre los miembros del grupo que las comparten, es decir, el hogar. Por lo tanto, la unidad de análisis en dicho marco debe ser el hogar, y la medición de la posición de éste en un sistema de clases se convierte en una tarea más trabajosa. Es en esta situación donde se requiere la consideración del nuevo rol económico de las mujeres en el hogar, ya que el empleo de las mismas puede generar problemas en la medición de la posición de clase de los hogares.

Una variante a esta resolución fue considerar como referente del hogar a la persona con una posición ocupacional dominante. Esta forma de medición fue propuesta por Erikson (1984). Según este modelo, el/la jefe/a de hogar es la persona con una vinculación más estrecha con la fuerza de trabajo y cuya posición ocupacional requiere mayores calificaciones. Se asume, así, que la posición ocupacional dominante es más importante, en relación a la influencia que puede ejercer en el estilo de vida del hogar

y sus intereses, en el ingreso, estatus o prestigio que produce en el mismo. Este estilo de análisis permite a las mujeres ser las jefas si ellas ocupan una posición que pueda ser vista como generadora de una mayor influencia en el hogar que la de su pareja. Sin embargo, el uso de este modelo no se ha aplicado en una amplia gama de investigaciones debido a que son pocas las mujeres que ocupan una posición dominante en el hogar. La combinación más simple es la que resulta de considerar la posición ocupacional del varón y su compañera en el hogar. Este método ha sido usado por Davis y Robinson (1988), Hammond (1987) y Wright (1997).

Según Baxter (1992) hay diferentes maneras de encarar el debate mencionado en el origen. La primera es describir las desigualdades de género que persisten al interior de los hogares, discutiendo si es factible que todos los miembros compartan idénticas posibilidades y estilos de vida. La segunda, es explorar el nivel de vinculación de las mujeres a la fuerza de trabajo como un recurso para examinar en qué medida es apropiado sostener un único cabeza de familia. Y la tercera perspectiva, es dilucidar cuánto incide la ubicación de clase de la mujer en aspectos considerados como consecuencia de las clases, tales como los estilos de vida, modos de acción colectiva o la identidad de clase.

En este artículo se opta por este último enfoque. Se analiza entonces la relación entre las posiciones de clase de las mujeres y la autopercepción de clase de ellas, de manera que se pueda establecer hasta qué punto la identidad de clase depende de su propia posición de clase en contraposición con la de sus maridos.

En la primera parte del artículo se hace mención a las investigaciones sobre género y autopercepción de clase. Luego se describen los datos y estrategias metodológicas adoptadas, y por último se presentan resultados del análisis en el que se incluye un modelo de regresión logística que estudia la relación entre la posición de clase y la autofiliación, tanto para mujeres como para varones.

2. Las mujeres y la autopercepción de clase

Tal como se mencionó al inicio del artículo, el presente trabajo tiene como uno de sus principales objetivos contrastar algunas ideas provenientes del enfoque convencional encarnado por Goldthorpe. Baxter (1992) sostiene que Goldthorpe plantea el modo de encarar el nexo entre la clase social y género: este modo de encararlo consiste en explorar en qué medida la propia ubicación de clase de la mujer influye en ciertos efectos de las clases, tales como la *autopercepción de clase* y la *participación en estilos de vida relacionados con una clase y con sus modos de acción colectiva*. La autora resalta que desde los enfoques feministas se enuncia que es necesario considerar las diferentes experiencias de clase de varones y mujeres, pues para dar cuenta de los fenómenos anteriormente enunciados es importante discriminar los mecanismos de género que los conforman.

En este marco, Baxter alega que Jackman y Jackman (1983) dieron apoyo, con sus resultados, al enfoque convencional de Goldthorpe, sosteniendo que en una muestra conformada por ambos miembros de la pareja que trabajan en Estados Unidos el status ocupacional de los esposos es el principal determinante de la identificación de clase de sus cónyuges mujeres, con excepción del nivel educativo de las mujeres que tiene más peso que el de sus maridos.

Asimismo la autora indica que, en su trabajo sobre Australia acerca del impacto de la posición de clase de los cónyuges varones y mujeres sobre la identificación de clase, el apoyo al enfoque convencional es mayor entre las mujeres que trabajan a tiempo parcial. A su vez, las variables que afectan la identidad de clase de varones y mujeres son distintas: en ellas incide la organización del trabajo doméstico tanto como la posición de clase de los esposos. Así, dichos datos dieron un soporte parcial al enfoque convencional, puesto que ni la *identidad de clase* de las mujeres ni la de

los varones se predice únicamente por la ubicación de clase masculina.

Ritter y Hargens (1975) —basándose en datos sobre mujeres casadas— mostraron que las mujeres trabajadoras derivaban su identidad de clase de su propia situación ocupacional más que de la de sus esposos. Por su parte, Abbot (1987) concluyó para un estudio en Gran Bretaña, que la ocupación de los cónyuges varones es sólo una de las variables que conforman la identidad de clase de las mujeres, jugando la educación un papel importante.

Por su parte, Wright (1997) se aproxima a este problema desde la noción de *posiciones de clases directas y mediadas*, sosteniendo que los intereses materiales de los individuos se forman no sólo por sus vínculos *directos* con los recursos productivos, sino también por una serie de otras relaciones que incluye la de los miembros de la familia. Por lo tanto, este autor se centra en establecer la importancia relativa de las relaciones de clase directas y mediadas para determinadas personas, en relación a ciertos efectos de las clases sociales. En oposición a lo expuesto por Goldthorpe, Wright afirma que las familias pueden compartir sus ingresos, pero que esto no significa que los esposos y esposas siempre compartan igualmente el consumo real derivado de aquellos. Hay al menos dos motivos por los cuales es posible concebir a las mujeres casadas como poseedoras de intereses individuales de clase ligados a sus propios salarios. Primero, las altas tasas de divorcios en las sociedades capitalistas contemporáneas significan que los trabajos de muchas mujeres en el mercado constituyen para ellas una clase oculta, la clase que ellas ocuparían ante una disolución marital. Segundo, hay evidencia de que la proporción del salario puesto por la esposa afecta su poder de negociación dentro de la familia: aunque en la familia se arme un *pool* de ingresos, las mujeres casadas tendrán algún interés personal autónomo en función de su capacidad salarial proveniente de sus propios trabajos.

Prosiguiendo con Wright, otra crítica a los argumentos de Goldthorpe concierne a su *muy estrecha comprensión de los intereses de clase*. La tesis de la unicidad de la clase y la familia reside en sostener que, como esposos y esposas comparten los ingresos, ambos tienen idénticos intereses. Pero los intereses que están atados a las clases no están basados sólo en los ingresos. Aún desde una concepción marxista de la clase, temas como la autonomía, el gasto de energía y la dominación dentro del trabajo están sistemáticamente vinculados a la clase. Esta clase de intereses están en el corazón de lo que Burawoy (1985) ha llamado *políticas de producción*, al centrarse mucho más directamente en los individuos como personas que trabajan que como miembros de la unidad de consumohogares. Además, aún si las parejas casadas comparten la unidad de clase familiar de consumo, las potenciales diferencias en clases laborales pueden generar diferencias en sus intereses de clase. Por otro lado, si los intereses de clase son vistos más que como simples intereses basados en los ingresos, uno puede imaginar esposos y esposas en diferentes trabajos, involucrados en organizaciones que apoyan diferentes intereses de clase. Esposos y esposas pueden estar en contextos con opuestas formaciones de clase.

Finalmente, Goldthorpe asume que la estrategia familiar no depende de una negociación de los imperativos de clase ligada a los trabajos de los esposos, sino que está determinada únicamente por los imperativos de clase del proveedor masculino. Puede haber casos en los que esta consideración sea correcta, pero no hay razones para asumir que esta situación sea universal. Incluso, es más plausible suponer que existan diversos modos —variables— de formación del carácter de clase de las familias, en los que influyan las clases sociales de los esposos, más que conjeturar una única manera —invariante— solamente vinculada con la clase social del varón proveedor. Máxime, si se tiene en cuenta que dentro del ámbito

familiar pueden darse conflictos de intereses y poder.

Wright explora el poder explicativo de las relaciones directas y mediadas sobre las variables como *conciencia de clase*, *identidad de clase*, *participación en conflictos de clase*. El autor adopta la estrategia de examinar la relación entre las posiciones de las clases (directas y mediadas) y la probabilidad de tener identidad de clase trabajadora. Si bien no lo considera el mejor de los indicadores, concluye que de todos los observables de conciencia de clase es el que refleja más directamente la comprensión subjetiva de la ubicación de una persona en la estructura de clases.

Las relaciones de clase *directas* afectan la identidad de clase porque el trabajo de una persona implica un rango de experiencias de clase dentro del trabajo y porque las posiciones directas de clase moldean los intereses materiales. Las posiciones de clase mediadas, por lo contrario, sólo afectan la identidad de clase vía los intereses materiales. El peso relativo de unas u otras en la identidad de clase dependerá de dos factores: el peso relativo de las posiciones de clase directas y mediadas en los intereses materiales y la saliencia relativa de las experiencias de clase centradas en la producción y el consumo

En este marco, Wright plantea su hipótesis y las respectivas ecuaciones. En aquella se enuncia que la probabilidad de tener identidad de clase trabajadora para una esposa depende de la clase del marido y de su propia clase. En el caso de los maridos, sucede lo mismo. No obstante, a causa de la mayor dependencia económica de las mujeres casadas respecto del trabajo de sus esposos, sería esperable que las posiciones de clase familiares mediadas sean más salientes para mujeres que para los varones. Asimismo, se espera que esto sea variable según las familias y según los países.

Según lo hallado por Wright en las regresiones logísticas elaboradas para las

esposas norteamericanas pertenecientes a hogares con doble ingreso, sólo los coeficientes para la clase del marido son significativos predictores de la identidad de clase de ellas. Por el contrario, para los maridos norteamericanos, las posiciones de clase de las esposas parecen no tener ningún efecto en su autopercepción. Sin embargo, las posiciones de clase mediadas tienen un efecto fuerte en la identidad de clase de las mujeres, pero para nada sobre la de los varones.

En Suecia la situación es diferente. Para ambos casos —varones y mujeres— hay influencia consistente de la clase de ambos miembros de la pareja sobre la identificación subjetiva de la clase del otro. Al margen, el autor introdujo ciertas variables de control para conocer si las relaciones establecidas se mantenían o no. Las variables introducidas fueron: número de horas trabajadas, contribución de la mujer sobre el ingreso familiar, ingreso total familiar y edad del respondente. A pesar de los controles, las relaciones originales no cambian.

Otro modo de caracterizar los hallazgos obtenidos es sostener que la predicción de la postura convencional de Goldthorpe es relativamente apropiada para los Estados Unidos, pero no para Suecia. Wright postula que estas diferencias pueden deberse a disímiles convenciones culturales respecto de la identidad de clase para varones y mujeres en ambos países o efectos de las acciones de partidos políticos o, también, a un problema de medición de las variables.

Un elemento importante que contribuye a la interpretación de las diferencias entre dichos países radica en que en Suecia una alta proporción de ingresos familiares —en los hogares con dos proveedores— es aportada por las mujeres, no así en los Estados Unidos. También debe observarse que las políticas de bienestar y de redistribución en Suecia hacen que los intereses económicos de las mujeres casadas dependan menos de sus maridos.

Asimismo, Wright enfatiza que las posiciones de clase son *explicativas*, no sólo porque determinan una serie de intereses materiales, sino también porque ellas moldean profundamente patrones de experiencias de vida cotidianas (dentro del trabajo). Por lo tanto, el autor supone que en Suecia la identificación subjetiva de clase se da mucho más por la experiencia en el trabajo que en los Estados Unidos, donde la identidad de clase es formada primariamente dentro del consumo y la comunidad.

Como otros temas vinculados al análisis de clase, el concepto de *autofiliación de clase* también ha sido objeto de críticas. Jorrot (2008) expone las efectuadas por Kingston, quien considera que el vínculo entre la ubicación objetiva de clase y la identificación subjetiva tiende a ser débil, centrándose en su medición (incluye la formulación de la pregunta). También hace referencia a la defensa realizada por Hout, quien enuncia que el objetivo de esas mediciones es capturar cómo se establecen mecanismos de diferenciación entre las personas, distinguiendo entre los que más y menos poseen; y que en sus estudios ha encontrado una buena correlación entre la *autopercepción de clase* y condiciones objetivas como son la educación, la ocupación y el ingreso.

3. Estrategia metodológica

Los datos analizados provienen de dos fuentes secundarias: una, la base de datos proveniente del sondeo efectuado por el Centro de Opinión Pública (CEDOP), UBA, perteneciente al Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales realizado en el 2003, y, la otra, la *Encuesta Permanente de Hogares* (EPH) de octubre de 2001. . El primero de los relevamientos —cuya temática se vincula al análisis de estratificación social— había seguido los lineamientos del módulo del *International Social Survey Programme* del año 2002 sobre familia y roles de género⁸³.

En otro orden, como estrategia analítica se emplea el esquema teórico de análisis de clase social elaborado por Goldthorpe, y sus colaboradores, que ha dado lugar a un programa de investigación en países industrializados de Europa bajo el nombre de proyecto CASMIN —*Comparative Analysis of Social Mobility in Industrial Nations*—. En torno a Goldthorpe y otros autores (como Hope, Leweiyn, Payne y Erikson) se ha constituido una tradición de investigación teóricoempírica que puede identificarse como el grupo del *Nuffield Collage*, perteneciente a la Universidad de Oxford (Franco; León y Atria, 2007). La trayectoria de este enfoque abarca tres décadas y, —según Méndez y Gayo (2007) — ha considerado las transformaciones de la propiedad, de la burocratización de la organizaciones, de los criterios de autoridad, del conocimiento especializado, de las ramas de actividad, de la dimensión ruralno rural, de la distinción manualno manual, de las recompensas al trabajo y de la naturaleza de los contratos.

El *esquema de clase* de Goldthorpe, según Crompton (1993), parte de las categorías ocupacionales de la escala HopeGoldthorpe de *deseabilidad general* dentro de un conjunto de siete categorías de clase. Los conceptos que subyacen a la distribución de las ocupaciones en clases son la situación de *mercado* y la de *trabajo*. Cabe señalar que retoman dichas dimensiones enunciadas por Lockwood. La primera remite a la posición en términos económicos, vinculada con el origen y volumen de la renta y el grado de seguridad en el empleo. La segunda alude a las relaciones sociales que el individuo pone en práctica según su posición en el contexto de división del trabajo.

Con posterioridad, Erikson y Goldthorpe ampliaron el esquema clasificatorio manteniendo las tres grandes clases que surgían de la combinación de tres criterios: *propiedad y control de los medios productivos, prestación de servicios con mayor o menor autonomía y manualidad con grados de calificación diferentes*. (Franco et al, 2007: 35) A continuación se

83

“Family and Gender Roles”

detalla la versión de once clases del mismo

esquema:

Tabla 1

De Servicio	I Profesionales, administrativos y funcionarios de alta graduación; directivos de grandes empresas industriales; grandes propietarios.
	II Profesionales, administrativos y funcionarios de baja graduación; técnicos de alta graduación; directivos de pequeños y empresas pequeñas; supervisores de empleados no manuales.
Inter medias	III a Empleados no manuales de trabajos rutinarios de nivel superior (administración y comercio).
	III b Empleados no manuales de trabajos rutinarios de nivel inferior (servicios).[1]
	IV a Pequeños propietarios y artesanos con empleados.
	IV b Pequeños propietarios y artesanos sin empleados.
	IV c Agricultores (farmers), otros trabajadores cuenta propia en la producción primaria.
Obreras	V Técnicos de baja graduación, supervisores de trabajadores manuales.
	VI Trabajadores calificados manuales.
	VII a Trabajadores manuales semicalificados y no calificados (no agrícolas).
	VII b Trabajadores agrícolas y otros en la producción primaria.

Fuente: Elaboración Propia.

Los criterios que rigen la clasificación según Méndez y Gayo, (2007: 126) son:

“i) propietario no propietario; ii) existencia y número de empleados; iii) distinción no manual manual agrícola y iv) tipo de relación laboral (de servicios o contractual)”

Goldthorpe toma la idea de la *clase de servicio* del pensador marxista Karl Renner. Para dicho autor, esta clase se compone de los siguientes elementos: empleados en el servicio público (funcionarios y otros administrativos); empleados del sector privado

(administrador de negocios, directivo, técnico, entre otros) y empleados en los servicios sociales. Según Goldthorpe (1995), Renner intenta distinguir estos grupos de la clase obrera, pues el trabajo que realizan no es trabajo productivo: ellos constituyen una carga de plusvalía que se extrae directa o indirectamente de la clase obrera. La *clase de servicio*, además, se encuentra regulada por un “código de servicio” diferente al “contrato de trabajo” de la clase obrera. Una tercera observación es que los honorarios de los miembros de la primera difieren del salario de la segunda. De ahí que los miembros de la *clase de servicio* poseerían una mayor seguridad relativa en su empleo y una mejor perspectiva de progreso material y de status. Otro punto de diferenciación, el cuarto, es que la relación de servicio está teñida de un rasgo de *confianza* distinto al vínculo establecido entre el empleador y el obrero asalariado. Goldthorpe considera que es este último elemento el que mejor orienta a comprender la ubicación de los profesionales, directivos y administradores en las sociedades capitalistas contemporáneas, puesto que cierto requisito de *confianza* es necesario tanto cuando se debe delegar autoridad desde la organización de trabajo como cuando se tiene que recurrir al conocimiento experto. Y, por tanto, aquellos empleados a los se les otorga dichas responsabilidades también reciben cierto margen de autonomía en sus acciones. La noción de *confianza* es fundamental, dado que a la hora de actuar, evaluar, decidir en el ámbito laboral dichas acciones deben guardar correspondencia con los valores de las organizaciones..

Las clases *intermedias* son categorías más o menos heterogéneas cuya característica más sobresaliente es situarse en la zona de la estructura social con mayor permeabilidad a la movilidad. Esta clase, dentro del esquema Goldthorpe, busca establecer la división entre clases directivos y subordinados.

Por otro lado, es importante destacar que para el caso de la EPH se recodificaron las ocupaciones que figuran en la base usuarios. En lo que respecta a la encuesta del CEDOP —dada su orientación a las temáticas trabajadas— esta tarea no fue necesaria porque los datos ya fueron codificados de manera tal que —siguiendo los lineamientos de Caínzos y Ganzenboom— se pudo obtener el esquema de Goldthorpe.

Para este abordaje sobre la *autopercepción de clase* se hizo una selección de unidades: como aquí sólo se consideran a las mujeres y varones en pareja y con ocupación, el tamaño de la muestra es de 375 casos.

La variable dependiente *autopercepción de clase* fue medida solicitando a los entrevistados que indicaran, primero, si pensaban que pertenecen a alguna clase social en particular y, segundo, si respondían “sí”, a cuál clase pertenecían. Las categorías de respuesta incluían: clase baja, clase obrera, clase media, clase mediaalta, clase alta.

Las unidades de análisis centrales son las parejas con ambos miembros que trabajan en edades que oscilan entre los 20 y 69 años, o bien cada una de las personas que trabajan y en pareja en el mismo intervalo de edad.

4. Los hogares con clase social heterogénea en la Argentina urbana.

Antes de examinar la información vinculada al propósito central del artículo, resulta de interés señalar en qué medida hay diferencias entre las posiciones de clase de varones y mujeres que conviven en pareja, lo que a su vez conlleva a establecer la magnitud de las parejas heterogéneas en la composición de clase y el tipo de heterogeneidad que las caracteriza. Es de interés recordar que esta caracterización proviene de la aplicación del esquema de clases de Goldthorpe a los datos de la Encuesta Permanente de Hogares del año 2001, para el total de aglomerados urbanos.

Para la construcción de los tipos de parejas se retomaron los lineamientos enunciados por Graetz (1991) quien plantea un modelo genérico para la confección de una clasificación de las familias basada en la información conjunta de la ocupación de la esposa y del esposo. En este modelo se plantea que las celdas en la diagonal principal representan familias de composición de clase homogénea; las celdas fuera de la diagonal principal representan familias de clase heterogénea: entre ellas, aquellas que se ubican de la diagonal hacia arriba resultan familias de combinación *tradicional* (los esposos se ubican en una clase social superior) y aquellas que se ubican bajo la diagonal son *no tradicionales* (las esposas se encuentran en una clase superior a la de los esposos).

Cuadro 1: Tipo de parejas, con ambos miembros que trabajan según composición de clase. Total de aglomerados urbanos. año 2001(en %)

Tipo de parejas	Porcentaje
Homogéneas	39.5
De Servicio	21.2
Intermedias	9.1
Obrera	9.2
Heterogéneas	60.4
No tradicionales (mujer supera a varón)	29.9
Tradicionales (varón supera a mujer)	30.5
Total	100.
	(1.221.128)

Fuente: Elaboración propia en base a la información de la Encuesta Permanente de Hogares. Total de aglomerados. Octubre de 2001

Los resultados, para el total de aglomerados, muestran que más de la mitad de los hogares (60.4) son de clase heterogénea., repartiéndose casi por partes iguales entre las heterogéneas no tradicionales y las tradicionales. En tanto que aquellas que coinciden en la clase social, las homogéneas, llegan a menos de la mitad (39.5), teniendo más preeminencia la homogeneidad de las clases más altas de servicio.

Estos niveles son muy similares a los enunciados por Baxter (1994) para países como Australia, Noruega, Suecia y Estados Unidos.

5. Posición e identificación de clase

A partir de los resultados se evidencia (cuadro 2) que las mujeres obreras tienden a autoidentificarse como miembros de la clase obrera (41.8%) más que las que pertenecen a las clase de servicio e intermedias. Ahora bien, como se enunció anteriormente interesa conocer cuánto incide la clase social de su marido/compañero en esta autopercepción de clase. Para ello, incorporamos una tercera variable: la clase social del varón (cuadro 3)

Cuadro 2: Autoidentificación de clase según clase social mujeres en pareja. 2003 (en %)

A qué clase cree que pertenece	Clase social de la mujer		Total
	No obrera*	Obrera	
Obrera	21,6	41,8	28,9
No Obrera	77,3	58,2	70,4
NS/NC	1,2	0,0	0,7
Total	100,0	100,0	100,0
	(102)	(59)	(161)

Fuente: elaboración propia según datos de la Encuesta CEDOPUBA. 2003.

* El segmento no obrera abarca las clases de servicios más intermedias de la terminología de Goldthorpe, para todos los cuadros construidos en este apartado.

Cuadro 3: Autoidentificación de clase según clase social de la mujer controlando clase social de su pareja. Mujeres en pareja. 2003 (en %)

A qué clase cree que pertenece	Clase social del varón				Total
	No obrera		Obrera		
	Clase social mujer		Clase social mujer		
	No obrera	Obrera	Obrera	No obrera	
Obrera	22,4	20,2	20,0	51,2	28,9
No Obrera	77,6	79,8	76,7	48,8	70,3
NS/NC	0,0	0,0	3,3	0,0	0,7
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
	(67)	(18)	(36)	(41)	(161)

Fuente: elaboración propia según datos de la Encuesta CEDOPUBA.2003

Al considerar, además de la clase propia, la clase social del cónyuge varón se detecta que la identificación con la clase obrera aumenta entre las mujeres (51.2%). Ahora, si la pareja (varón) no fue clasificada como miembro de clase obrera, la autopercepción con dicha clase disminuye sustancialmente —aunque en esta situación cabe advertir el bajo número de casos de

los que estamos hablando. En tanto que la identificación con otra clase no parece estar influida por la clase social de la pareja, pues no se producen grandes variaciones al incorporar una tercera variable. Tal cual lo manifiesta Jorrat (2008), las mujeres tienen menor propensión a reconocerse como perteneciente a la clase obrera/baja.

Como complemento del análisis, se pretende ver cuál es la situación de los varones. Entre ellos se nota que más de la mitad de los que han sido clasificados dentro de la clase obrera se autoperciben

como pertenecientes a ella; con lo cual se explicita su mayor tendencia — en comparación con las mujeres— a reconocerse como miembros de dicha clase. (cuadro 4).

Cuadro 4: Autoidentificación de clase según clase social. Varones en pareja. 2003 (en %).

A qué clase cree que pertenece	Clase social del varón		Total
	no obrera	Obrera	
Obrera	35,4	56,2	42,2
No Obrera	62,9	43,8	56,6
NS/NC	1,8	0,0	1,2
Total	100,0	100,0	100,0
	(135)	(66)	(201)

Fuente: Elaboración propia según datos de la Encuesta CEDOPUBA.2003.

Al controlar la clase social de la esposa/compañera surgen algunas variaciones interesantes (cuadro 5). Por ejemplo, entre los que poseen una compañera de clase obrera se refuerza su

identificación con dicha clase y disminuye si ellos son obreros, pero la cónyuge no lo es (descienden en, aproximadamente, un 14 %).

Cuadro 5: Autoidentificación de clase según clase social del varón controlando clase social de su pareja. Varones en pareja. 2003 (en %)

A qué clase cree que pertenece	Clase social de la mujer				Total
	no obrera		Obrera		
	Clase social del varón		Clase social del varón		
	no obrera	Obrera	No obrera	Obrera	
Obrera	34,4	42,3	37,6	72,7	42,2
No Obrera	63,7	57,7	60,9	27,3	56,6
NS/NC	1,9	0,0	1,6	0,0	1,2
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
	(96)	(36)	(39)	(39)	(201)

Fuente: Elaboración propia según datos de la Encuesta CEDOPUBA.2003

Con respecto a las relaciones aquí analizadas, se observa que tanto para el caso de las mujeres como para el de los varones, la clase social del cónyuge incide en la percepción propia de pertenencia a la clase obrera. En ese marco, se observan dos movimientos: si constituyen un hogar puramente de clase obrera, se refuerza dicha identificación; en cambio, si la composición de la pareja es heterogénea, predomina el peso de la clase no obrera (de servicios/ intermedia) independientemente de que dicha clase sea del varón o de la mujer.

Estos datos —hasta aquí— quitarían cierto soporte a la mirada convencional, pues la

clase social de la mujer influiría en la autopercepción de clase del varón, es decir, no sería independiente de la misma. No obstante, para profundizar el análisis, se decidió aplicar un *modelo de regresión logística*, con el control de otras variables que se estima pueden incidir en la autopercepción de clase como variable dependiente.

A tal fin, retomemos las hipótesis de Wright (1997) y de Baxter (1992) quienes —asumiendo como variable dependiente la identidad de clase trabajadora— trataron las siguientes proposiciones en relación a la *ubicación* y la *identidad* de clase. Para el escenario de los varones, la expectativa es

la misma tanto desde el enfoque convencional como desde la otra perspectiva llamada *individual* (o *no convencional*). Se espera, entonces, que los hombres empleadores o de posiciones de clase media tengan una identidad de clase trabajadora más débil que los hombres con posiciones de clase trabajadora.

Pero con las mujeres cada enfoque esperaría resultados distintos. Desde la perspectiva convencional —la de John Goldthorpe— se estima que las mujeres con posiciones de empleadores o de clase media tengan una identidad de clase trabajadora más débil que las mujeres con maridos en posiciones de clase trabajadora. Pero desde la mirada *no convencional*, lo que se espera es que sea la propia posición de clase de las mujeres —más que la de sus esposos— la que pese en la identidad de clase de las mujeres. Así, las mujeres en posiciones empleadores o clase medias tendrían una identidad de clase trabajadora más débil que las mujeres en posiciones de clase trabajadora. Esto indicaría que un grupo relevante para poner a prueba los enfoques es el de las mujeres.

Dado el número de casos, se han escogido ciertas categorizaciones de las variables empleadas y la omisión de otras tenidas en

cuenta en las investigaciones citadas para otros países.

Para los objetivos de este trabajo, las respuestas fueron codificadas en una variable dependiente dicotómica, cuyas categorías son “autopercepción de clase trabajadora” (0), “autopercepción de otra clase” (1).

La principal variable independiente es la *clase objetiva* del entrevistado y su cónyuge. El enfoque de clase utilizado para construirlo es el esquema de John Goldthorpe agrupada en tres estratos debido al tamaño muestral. El resto de las variables son: *cantidad de horas trabajadas por el entrevistado*, *ingreso total familiar* y *nivel de instrucción del entrevistado*.

Se utilizó, entonces, un modelo de regresión logística para mujeres y varones, a fin de poder efectuar comparaciones entre ellos.

El método de regresión utilizado es el denominado *Forward Stepwise*, por lo tanto a continuación solo se detallan los valores del EXP B, también llamado razón de momio, sólo para las variables que entraron al modelo.

Cuadro 6: Factor de la razón de momioExp (b) de autopercepción de clases según variables independientes. Mujeres que trabajan y en pareja. 2003.

Variables independientes	Exp (B)
<i>Número de horas trabajadas por el entrevistado (base: menos de 10 h/ semana)</i>	
Hasta 10 h/semana	1
De 11 a 30 h/semana	0,987
De 31 a 40 h/semana	3,173
Más de 40 h/semana *	4,247
<i>Ingreso familiar(base: hasta \$700)</i>	
Hasta \$700	1
\$701 a \$1300*	0,332
\$1301 y más	0,110

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Encuesta de CEDOPUBA 2003
Niveles de significación: * p menor .05

Cuadro 7: Factor de la razón de momioexp (b) de autopercepción de clases según variables independientes. Varones que trabajan y en pareja. 2003.

Variables independientes	Exp (B)
<i>Número de horas trabajadas por el entrevistado (base :menos de 10 / semana)*</i>	
Hasta 10 h/semana	1
De 11 a 30 h/semana	0,130
31 a 40 h/semana	0,091

Más de 40 h/semana	125,668
<i>Educación del entrevistado (base: hasta primaria completa)</i>	
Hasta primaria completa	1
Secundaria incompleta a terciaria completa*	0,137
Terciaria completa/universitaria completa	0,072

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la Encuesta de CEDOPUBA 2003
Niveles de significación: * p menor .05

Como se construyeron dos modelos —uno para mujeres y otro para varones— es conveniente realizar algunos señalamientos específicos para cada caso.

En el primer caso, el modelo obtenido tiene una predicción promedio del 77.51%, siendo las variables importantes el “ingreso total del hogar” y la “cantidad de horas trabajadas por la mujer”, que presentan significaciones menores al .05. Se puede observar que las mujeres que más probabilidad presentan de autoperibirse pertenecientes a la clase obrera son las que trabajan más de 40 horas y las que se ubican en hogares con ingresos bajos (el tramo que no integra la categoría de comparación)

En el segundo caso, el modelo predice con certeza un 70%. Las variables “cantidad de horas trabajadas por el varón” y “nivel de instrucción” presentan niveles de significación menores al .05. Quienes son más proclives a autoidentificarse de clase obrera son los que más trabajan (más de 40 horas semanales) y los de nivel de instrucción menos alto (secundaria incompleta a terciaria incompleta)

Al incorporar otras variables —y al intentar construir un modelo sobre la autopercepción de clase— surgen ciertas variaciones respecto del análisis efectuado a nivel de dos y tres variables mediante las tablas de contingencia.

En base a los resultados obtenidos y en términos de comparación entre varones y mujeres, la autopercepción de clase obrera parece no verse influida por la clase objetiva del entrevistado —tanto en varones como en mujeres— en este universo específico de estudio. Sin embargo, sí se evidencian diferencias entre ambos miembros de los hogares que van en la línea de las hipótesis planteadas. Para

los varones, las variables que participan más en la autoidentificación de clase obrera refieren a características propias como el nivel de instrucción y las horas trabajadas. En cambio, para las mujeres, los aspectos más preeminentes están vinculados en algo con el trabajo del esposo, pues se trata de los ingresos totales del hogar (compuesto por la provisión del varón y la mujer) y la cantidad de horas trabajadas por ella fuera del hogar. Esta última característica proviene de su propio trabajo.

Con todo, con los resultados obtenidos no puede decirse cuánto soporte se le ha dado a la hipótesis convencional en sentido estricto (Goldthorpe) y cuánto al enfoque individual.

Según los lineamientos de Baxter (1994:233) —en su análisis efectuado en Suecia, Noruega, Estados Unidos y Australia— la posición de clase (clase objetiva) no es suficiente factor explicativo de la *autopercepción de clase*, aún en los varones en los que se destaca el papel de la educación. Agrega la autora:

Si el enfoque convencional del análisis de clase implica ignorar la posición de clase de las mujeres así como también otras características de ambos, varones y mujeres, particularmente la educación, entonces no es posible un completo entendimiento de la identidad subjetiva de clase.

6. Conclusiones

La defensa de Goldthorpe del enfoque convencional generó un gran debate acerca del modo de asignar la posición de las mujeres en la estructura de clases. En este trabajo se trató este debate analizando los resultados de adoptar el enfoque propuesto por dicho autor y otra perspectiva de

carácter individual, para intentar dar cuenta de la identificación subjetiva de clase de las mujeres y varones.

En primer lugar, los datos mostraron que existe un número relevante de hogares con una composición heterogénea de clases, coincidente con lo detectado a nivel internacional. Hecho que revitaliza la pregunta sobre en qué medida es pertinente emplear enfoques que no tienen en consideración la situación laboral de las mujeres en el análisis de las clases sociales.

En segundo lugar los resultados aquí plasmados mostrarían algunos elementos que convergen con lo hallado tanto con Baxter como con Wright en sus estudios a partir de los cuales dieron soporte al enfoque convencional. Aunque este último no encontró relevante la clase social del esposo como modo de explicar la autopercepción de clase obrera de las mujeres en el caso de Suecia, sí le pareció conveniente para los Estados Unidos.

Si extendemos la noción del enfoque convencional —no reduciéndolo sólo al peso de la clase objetiva—, puede decirse que para predecir la autopercepción de clase obrera en los varones éste se encuentra vigente, pues solo basta con observar características propias de los varones —en este caso nivel de instrucción y cantidad de horas trabajadas. En tanto que para las mujeres, las hipótesis provenientes de la perspectiva tradicional se constatan parcialmente. Es decir, considerar sólo variables relativas a su compañero —como es el ingreso total del hogar— no basta para predecir la *autopercepción de clase*: también es necesario tener en cuenta aspectos de su propio trabajo, como en este caso la cantidad de horas trabajadas. Este planteo presenta cierta coherencia conceptual con lo manifestado en los primeros apartados del artículo, pues, como ya ha sido señalado por Wright, es imposible pensar que la experiencia laboral de la mujer y su consecuente proceso de socialización en dicho ámbito no genere efectos de comportamiento de clase.

Los datos expuestos aquí también remiten a la concepción del mismo autor sobre las posiciones de clase *directas* y *mediadas* — cabe recordar que las primeras provienen del vínculo directo con el sistema productivo y las segundas son derivadas del vínculo de otros miembros de las familias con dicho sistema (se relacionan a través del consumo).

En estos términos, quedaría de manifiesto que para los varones tienen más relevancia sus aspectos personales (relaciones de clase directas) y para las mujeres —dado sus menores ingresos— tienen peso tanto características propias (relaciones de clase directas) como aquellas que provienen de su compañero (relaciones de clase mediadas).

Con el análisis precedente se explicitaría la compleja red de relaciones de clase en la que se encuentran los “individuos en familias”. Entonces, parece más que oportuno retomar las reflexiones de Erik Wright al respecto (1997:277):

El análisis empírico y teórico sugiere que las preguntas deben ser repositionadas. Más que preguntarse en qué clase se encuentra la persona X, cuál es el posicionamiento de clase de la misma, deberíamos preguntarnos, cuál es la ubicación de una persona dentro de una red de relaciones de clase directas y mediadas, lo que reflejaría la complejidad de la estructura de clase en el capitalismo contemporáneo.

Por último, muchos de los análisis sociales de los siglos XIX y XX fueron escritos sobre la base del concepto de *sociedad industrial*; un tipo de sociedad en el que el trabajo estaba organizado en torno a un proceso de características fordistas, con un tipo de producción en masa, una división jerárquica del trabajo, con prácticas altamente rutinizadas, sean de cuello azul o de cuello blanco. En esas condiciones, la participación masculina en el mercado de trabajo era casi universal y con empleo a tiempo completo. Las mujeres, en cambio,

eran las responsables dentro de los hogares de la provisión de servicios y de la reproducción de la fuerza de trabajo. (Baxter y Western, 2001)

De allí que el modelo de análisis de clase de la sociedad industrial se centró en aquellos que engrosaban la fuerza de trabajo paga, los varones, enfatizando sus experiencias más que la de las mujeres — usando las diferencias, por ejemplo, entre el trabajo de cuello azul y el de cuello blanco— y abordando el trabajo y la familia como mundos no yuxtapuestos. Ese contexto es el que permitía un análisis de clase *no problematizado* por ignorar el género y, más particularmente, a las mujeres. Sin embargo, vestigios de aquella aproximación persisten aún hoy cuando los miembros de las clases pueden ser definidos en términos de las características del trabajo del jefe de familia o cuando se traduce directamente la distinción entre ocupaciones de cuello blanco y de cuello azul en clase media y clase obrera.

Las condiciones económicas actuales se corresponden con las *sociedades postindustriales* que están vinculadas con el aumento del sector servicios, con la mayor participación de mujeres casadas en el mercado de trabajo, con la extensión del empleo a tiempo parcial, con las variaciones en las pautas de conformación de las familias y con ciertos cambios en la división de las labores domésticas. Finalmente, se vinculan también con un persistente desempleo.

Es oportuno insistir en que se torna necesario, en nuestras sociedades efectuar ciertos cambios en el abordaje de los estudios de estratificación social, tal vez imaginando nuevas soluciones a viejos problemas.

Referencias bibliográficas

Abbott, P. (1987). “Women’s social class identification: Does husband’s occupation make a difference?” en *Sociology*. 21, 91103.

Baxter J. (1992). “Las mujeres y el análisis de clase: una perspectiva comparada”, en *Política y Sociedad*. 11: 8597.

Baxter, J. (1994). “Is husband class enough? Class location and class identity in United States, Sweden, Norway and Australia”, en *American Sociological Review*. 59: 220235.

Baxter, J. y M. Western (2001). *Reconfigurations of class and gender*. Stanford: Stanford University Press.

Burawoy, M. (1985). *The politics of production: Factory regimes under capitalism and socialism*, London: Verso.

Crompton, R. (1993). *Clase y estratificación. Una introducción a los debates actuales*, Madrid: Editorial Tecnos.

Davis, N y Robinson, R. (1988). “Class Identification of Men and Women in the 1970s and 1980s” en *American Sociological Review*. 53, 103112

Erikson, R. (1984). “Social class of men, women and families”, en *Sociology*. 18:501514.

Franco, R.; A León; R. Atria. (2007). “Estratificación y movilidad social en América Latina. Una agenda de trabajo”, en Franco, R; A. León; R. Atria (coordinadores) *Estratificación y movilidad social en América Latina. Transformaciones estructurales de un cuarto de siglo*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.

Goldthorpe, J. (1983). “Women and class analysis in defense of the conventional view” en *Sociology*. 17: 46588.

Goldthorpe, J. (1995). “Sobre la clase de servicio, su formación y su futuro” en J.

Graetz, B. (1991). “The class location of families: a refined classification and analysis”, en *Sociology*. 25:101118

Hammond, J. (1987). “Wife’s status and family social standing”, en *Sociological Perspectives*. 30:119

Heath, A. y Nicky Britten. (1984). “Women’s jobs do make a difference: reply to Goldthorpe”, en *Sociology*. 18: 475490.

Jackman, M. y Jackman, R. (1983). *Class Consciousness in the United States*, Berkeley: University of California Press.

Jorrot, J. (2000). *Estratificación Social y Movilidad. Un estudio del área metropolitana. Tucumán*: Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Tucumán.

- Jorrat, J. (2008). "Percepciones populares de clase", en *I Encuentro de Metodología de las Ciencias Sociales*: La Plata. Universidad Nacional de La Plata.
- Méndez, M. y Gayo, M. (2007). "El perfil de un debate: movilidad y meritocracia. Contribución al estudio de las sociedades latinoamericanas", en Franco, R; A. León; R. Atria (coordinadores) *Estratificación y movilidad social en América Latina. Transformaciones estructurales de un cuarto de siglo*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Ritter, K y Hargens, L. (1975). "Occupational positions and class identifications of married working women: a test of the asymmetry hypothesis". *American Journal of Sociology*. 89 (4) 934-948.
- Roos P. (1985). *Gender and Work: A comparative analysis of industrial societies*. Albany: State University of New York Press.
- Rosenfeld R. (1980). "Race and sex differences in career dynamics" en *American Sociological Review*. 45: 583-609.
- Sorensen, A. (1994). "Women, family and class" en *Annual Reviews of Sociology*. 20: 274-7.
- Stanworth, M. (1984). "Women and class analysis: a reply to John Goldthorpe". *Sociology*. 18: 159-170.
- Wright, E. (1985). *Classes*, London: Verso.
- Wright, E. (1997). *Class counts. Comparative studies in class analysis*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Wright, E. (2005). (Comp) *Approaches to Class Analysis*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Wolf, W. y N. Fligstein, (1979). "Sex and authority in the workplace: The causes of sexual inequality" en *American Journal of Sociology*, 44: 235-252.
- Zipp, J y Plutzer, E. (1996). "Social class, gender, and class identification in the U.S., en *Sociology*. 30: 235-252.